

I. DESDE LA ANTIGÜEDAD HASTA EL SIGLO XIX.

I.1. HISTORIOGRAFÍA EN LA ANTIGÜEDAD.

I.1.2. Tucídides explica los motivos de declaración de guerra por ambos bandos contendientes:

1. “Y convocando de nuevo a los aliados pusieron a votación si se debía declarar la guerra. Llegaron los delegados de los aliados, se reunió la Asamblea, y después de haber dicho los demás lo que quisieron, los más acusando a los atenienses y pidiendo guerra, los corintios, que ya antes habían pedido a cada ciudad en particular que votara la guerra, presentes allí también y tomando la palabra los últimos, hablaron así:

“No debemos censurar a los lacedemonios, ¡Oh, aliados! Porque no hayan votado ellos mismos la guerra y ahora nos reúnan a nosotros para ello. Pues los hegemones deben cuidar de los asuntos comunes a la vez que se cuidan de los suyos propios. Ahora bien: cuantos de nosotros han tenido relaciones antes de ahora con los atenienses, no necesitan que se les advierta que se pongan en guardia contra ellos; pero los que viven más al interior y no en las rutas marítimas, deben saber que si no ayudan a los del litoral, les será más difícil la exportación de los productos agrícolas y la llegada de los que el mar a su vez da a la tierra, y deben ser jueces diligentes de lo que ahora decimos como de cosas que les conciernen, y tener la seguridad de que si abandonan los intereses de la costa, un día de peligro llegará hasta ellos, y de que ahora están deliberando acerca de ellos mismos tanto como acerca de nosotros. Por lo cual no deben vacilar en emprender la guerra renunciando a la paz; pues es propio de hombres prudentes conservar la paz si no son ultrajados, y de hombres valerosos, trocar la paz en guerra al serlo, y en circunstancias favorables llegar a un acuerdo, dejando ya la guerra, y no envanecerse con su fortuna en ésta ni dejarse ultrajar por lo agradable de la tranquilidad de la paz; pues el que vacila a causa de este agrado es al que más pronto se le arrebatara la dulzura de la inactividad, por la que vacila, mientras que el que se ensoberbece en la guerra por su buena fortuna, no piensa que se deja envanecer con una temeridad traicionera. Pues así como muchas decisiones erróneas salieron bien porque dieron con un enemigo aún más irreflexivo, muchas más todavía que se consideraban bien tomadas dieron con vergüenza un resultado contrario, porque ninguno hace sus planes y los pone en práctica con igual confianza, sino que hacemos nuestros cálculos en seguridad mientras que en la acción fallamos por miedo.

Nosotros, por el contrario, declaramos la guerra ultrajados y con motivos de queja suficientes, y cuando nos hayamos vengado de los atenienses, la depondremos a tiempo. Y hay muchas razones para que vencamos: primero, que somos superiores en número y en experiencia bélica; luego, que todos cumplimos por igual las órdenes y equiparemos una escuadra, que es la fuerza de Atenas, con los recursos de que disponemos cada ciudad y con el dinero de Delfos y Olimpia; pues si hacemos un empréstito podemos con una soldada mayor quitar a Atenas sus remeros extranjeros. Porque la potencia ateniense es comprada más que propia; mientras que a la nuestra no le ocurre esto, ya que consiste más en guerreros que en dinero. Con una victoria naval es de esperar que sucumban; y si hacen aún frente, nos ejercitaremos también nosotros durante más tiempo en el arte naval, y cuando les igualemos en práctica, les venceremos sin duda con el valor; pues lo bueno que tenemos por naturaleza no podrían adquirirlo ellos mediante la enseñanza, mientras que la ventaja en conocimientos técnicos que poseen la podemos adquirir mediante el ejercicio. Y aportaremos dinero para tener para ello, pues sería lastimoso que los aliados de los atenienses no se cansaran de pagar tributo para su propia esclavitud, y nosotros, en cambio, no gastáramos para salvarnos a nosotros mismos a la vez que nos vengamos de nuestros enemigos, y para que no nos arrebaten nuestro dinero y se nos maltrate con su ayuda.

Tenemos además otros medios para ganar la guerra: hacer sublevarse a los aliados de los atenienses, que es la mejor manera de privarles de sus ingresos, que son su fuerza; construir fortificaciones en su territorio; y otras cosas que uno no podría prever ahora: pues una guerra no se desarrolla en modo alguno bajo leyes fijas, sino que saca de sí misma la mayor parte de los expedientes oportunos a las circunstancias; y por esta razón el que se comporta en ella desapasionadamente es más fuerte, y el que se apasiona respecto a la misma sufre grandes fracasos.

Consideramos además que si se tratara de diferencias por la frontera de los respectivos territorios entre algunas ciudades en particular y un enemigo de igual fuerza, la cosa sería tolerable; pero la realidad es que los atenienses son dignos rivales de todos nosotros juntos, y aún más poderosos si se nos considera a cada ciudad aisladamente; de modo que a nos ser que los diversos pueblos y ciudades nos defendamos de ellos todos juntos y con un plan unitario, nos subyugarán sin dificultad al encontrarnos divididos. Y aunque a alguno le duela oírlo, sepa que la derrota no nos traerá otra cosa que la esclavitud pura y simplemente: el solo hecho de que se enuncie esa posibilidad, y que tantas ciudades puedan sufrir calamidades a mano de una sola, es una vergüenza para el Peloponeso; pues si ocurriera así, se pensaría que o lo sufrimos con justicia o lo tolerábamos por cobardía y nos mostrábamos inferiores a

nuestros padres, que libertaron a Grecia, mientras que nosotros ni siquiera conservamos este estado para nosotros mismos, sino que dejamos que una ciudad ocupe el papel de tirano al tiempo que pretendemos derrocar a los de las diversas ciudades. No puedo concebir que esta manera de proceder esté libre de una de las tres mayores calamidades, estupidez o cobardía o abandono. Pues no es escapando de ellas como habéis llegado a ese desprecio por los atenienses, causa de perdición para muchos que de arruinar a tantos a recibido el nuevo nombre de locura.

¿Para que reprobar lo pasado en mayor medida de lo que es útil para las circunstancias presentes? En cambio, es preciso que nos preocupemos por el futuro buscando salida a la situación actual -pues es herencia de nuestros antepasados el lograr éxitos a fuerza de trabajo- y que no cambiemos nuestra manera de ser porque ahora les aventajéis un poco en riqueza y fuerza -porque no es justo que lo que se adquirió con la pobreza se pierda con la riqueza- sino que vayamos a la guerra confiados por muchos motivos, ya que Grecia luchará con nosotros, ya por miedo, ya por conveniencia. Y no tomaréis la iniciativa en violar el tratado de paz, que el dios al ordenaros luchar declara ya violado, sino que, por el contrario, lo defenderéis al verlo violado; pues no quebrantan una paz los que se defienden, sino los que atacan los primeros.

Por todo ello, ya que por todas partes que se mire os está bien entrar en guerra y que nosotros os exhortamos a ello en interés de todos, si es cierto que la mayor garantía está en que los estados o los particulares tengan los mismos intereses, no os tardéis en socorrer a los potideatas, que son dorios y sitiados por jonios, pues no es ya aceptable que, mientras esperamos, los unos suframos ya daños y a los otros les ocurra lo mismo poco después si se llega a conocer que nos reunimos, pero no nos atrevemos a defendernos; por el contrario, ¡Oh, aliados!, pensad que habéis llegado a un caso de necesidad extrema y además que nuestros consejos son los mejores, y votad la guerra sin temer el peligro del momento, sino deseando la paz más duradera procedente del mismo -pues la paz se establece con firmeza mediante la guerra, mientras que es mucho más peligroso no entrar en guerra renunciando a aquella-. Considerando que la ciudad tirano que se ha instaurado en Grecia se ha instaurado igual para todos, ya que sobre algunos impera ya y sobre los demás proyecta hacerlo, subyuguémosla lanzándonos al ataque, vivamos sin peligro en adelante, y libertemos a los griegos que ahora están esclavizados”. Así hablaron los Corintios... “después que oyeron la opinión de todos, hicieron votar a los aliados presentes uno tras otro, y la mayoría votó la guerra”.

2. “Se adelantaron primero a hablar otros muchos, cuyas opiniones estaban divididas... hasta que, adelantándose Pericles, hijo de Jantipo, el primero de los atenienses en aquel tiempo y el más capaz para la palabra y la acción, les aconsejó lo que sigue:

“Continúo ateniéndome siempre a la misma opinión de no ceder ante los peloponesios, ¡oh, atenienses! aunque se que los hombres no hacen la guerra con igual disposición de ánimo que la que tienen cuando se dejan decidir a ella, y que cambian de opinión según los acontecimientos. Pero veo que también ahora os tengo que aconsejar cosas parecidas y semejantes, y considero justo que aquellos de vosotros que se dejen persuadir, defiendan nuestra común manera de pensar si tenemos algún fracaso o que, en otro caso, no se atribuyan inteligencia si tenemos éxito; pues sucede a veces que el curso de los acontecimientos se desarrolla en forma no menos imprevisible que los planes del hombre, razón por la cual solemos culpar a la fortuna de cuanto sucede contra lo previsto.

Ya antes era evidente que los lacedemonios maquinaban contra nosotros, y ahora lo es más que nunca, pues habiendo propuesto nosotros que ambas partes sometan a arbitraje sus diferencias y que en tanto cada uno conserve en su poder lo que tiene, ni nos han exigido someternos a arbitraje, ni ofreciendo nosotros hacerlo así lo aceptan, sino que prefieren satisfacer sus quejas con la guerra y no con negociaciones, y ahora han venido dando ya órdenes y sin hacer acusaciones, pues exigen que levantemos el sitio de Potidea, concedamos la independencia a Egina, y derogemos el decreto megárico, y estos últimos que han llegado nos piden que devolvamos la libertad a los griegos. Ninguno de vosotros piense que haría la guerra por un motivo fútil si no derogamos el decreto megárico, que pretenden con la mayor insistencia que si fuera derogado no estallaría la guerra, ni dejéis dentro de vosotros mismos la acusación de que entrasteis en guerra por una cosa pequeña, pues esta pequeña cosa comprende en sí la afirmación y prueba de vuestra política, ya que, si accedéis a ella, al punto os darán otra orden de más importancia, pensando que les atendéis en esto por miedo; mientras que si corroboráis vuestra política, les haréis ver claramente que deben, por el contrario, trataros como a iguales.

Así pues, decidid ahora mismo obedecer antes de sufrir daños o luchar, cosa que estimo preferible, dispuestos a no ceder ni ante un pretexto grande ni ante uno pequeño, y no poseer con miedo lo que es nuestro. Pues la exigencia grande y la pequeña impuesta a otros por sus iguales sin atenerse a arbitraje, significa igualmente la esclavitud.

Enteraos oyéndome con atención de que no seremos inferiores en lo que toca a los recursos militares de cada bando. Los peloponesios trabajan con sus manos y no tienen dinero ni en poder de los particulares ni en el de los estados, y además carecen

de experiencia en guerras largas y de ultramar, a causa de hacerla unos contra otros durante breve tiempo, debido a su pobreza. Hombres como estos no pueden equipar naves ni enviar fuera muchas veces grandes ejércitos, ya que en este caso están distantes de sus dominios y encima gastando de sus recursos, y además con el mar cerrado; y son las reservas en dinero más que las contribuciones las que sostienen las guerras. Además los que trabajan con sus manos están más dispuestos a luchar con sus cuerpos que con su dinero pues tienen confianza en que los primeros podrán sobrevivir a los peligros, mientras que no consideran seguro que el segundo no se gaste antes de tiempo, sobre todo si, como es natural, la guerra se prolongase más de lo que esperan; pues los peloponesios y sus aliados tienen fuerza para hacer frente en una batalla a todos los griegos unidos, pero no son capaces de hacer la guerra contra una organización militar diferente, ya que no disponen de una Asamblea permanente para poner en práctica con energía un plan, y que teniendo todos igual voto y no siendo de igual estirpe, cada uno se afana por lo que le interesa, situación en la que suele no llevarse nada a término. Pues, en efecto, los unos quieren ante todo tomar venganza, y los otros infligir el menor daño posible a sus propiedades. Y cuando al cabo de tiempo se reúnen, examinan algún asunto de interés común en una pequeña fracción de tiempo, mientras que durante casi todo él negocian sus asuntos privados y cada uno piensa que no va a sufrir daños por su falta de atención, sino que le corresponde a algún otro tomar medidas en su interés, de modo que, al pensar de esta forma cada uno por su parte, no se dan cuenta de que los intereses comunes todos juntos se echan a perder.

Y, sobre todo, les será obstáculo su escasez de dinero, pues sufrirán demoras al procurárselo con dificultad; y las oportunidades que ofrece una guerra no esperan. Tampoco, en verdad, se debe tener miedo a que hagan fortificaciones en la Ática, ni a su marina. Pues aun en la paz es difícil que una ciudad de igual poder lo lleve a término, y mucho menos en territorio enemigo y estando nosotros por nuestra parte tan fortificados como puedan estarlo ellos; y aunque un fuerte, podrán dañar una parte del país con incursiones y acogiendo a esclavos fugitivos, pero no bastará para impedir que nosotros, mediante expediciones navales, nos fortifiquemos en su país y que nos defendamos con la escuadra, que es nuestra fuerza. Porque, a pesar de todo, la guerra naval nos da más experiencia en la terrestre que la que a aquellos les da la terrestre en la naval. Y no lograrán con facilidad hacerse expertos en el arte naval; pues ni vosotros siquiera, que habéis ejercitado este arte desde las mismas Guerras Médicas, lo habéis llevado aun a la perfección. ¿Cómo, pues, gentes labradoras y no marineras, y que además ni siquiera podrán adquirir práctica por estar bloqueadas permanentemente por muchas naves, podrían hacer algo de provecho?. Pues contra

unas pocas que les bloquearan podrían arriesgarse dando confianza a su inexperiencia con el número; pero al tener cerrado el mar por muchas, no se moverán, y al no ejercitarse se harán más inexpertos y por lo mismo más inactivos. El arte naval, en efecto, es una técnica como cualquier otra, y no admite ser aprendida como cosa accesoria en cualquier ocasión, sino que, por el contrario, exige no tener junto a sí ninguna otra cosa accesoria.

Y si tomando prestado el dinero de Delfos u Olimpia intentaran con una soldada mayor quitarnos los marineros extranjeros, sería esto cosa grave si no pudiéramos hacerles frente embarcándonos nosotros y nuestros metecos; pero la verdad es que esto no nos es dado y que, sobre todo, tenemos ciudadanos por pilotos, y el resto de nuestras tripulaciones es más numeroso y mejor que el de toda Grecia reunida. Además ninguno de los extranjeros aceptaría con peligro propio ser desterrado de su patria y luchar en unión de ellos por percibir una gran soldada por pocos días con menor esperanza de salvación.

Tal o semejante me parece ser la situación de los peloponesios, mientras que la nuestra creo que carece de los defectos que reprochamos a aquellos y que tiene otras grandes ventajas que no admiten comparación. Si avanzan por tierra contra nuestro territorio, nosotros navegaremos contra el suyo, y no serán cosas equivalentes que una parte del Peloponeso sea devastada y que lo sea el Ática central: ellos no podrán adquirir a cambio otra tierra sin lucha, mientras que nosotros tenemos muchas posesiones en las islas y en el continente; pues el imperio del mar es una cosa decisiva. Mirad: si fuéramos isleños, ¿quienes serían más inexpugnables? Pues bien, es preciso que os hagáis ahora una idea semejante a dicha situación, y abandonando la campiña y las casas, defendáis el mar y la ciudad; y, además, que no os confiéis, indignados por la suerte de las primeras a una batalla decisiva contra los lacedemonios, superiores en número –porque si vencemos tendremos que luchar otra vez con un número no inferior de ellos, y si somos derrotados, perderemos encima nuestros aliados, que son nuestra fuerza, pues no dejarán de organizar expediciones contra ellos, si no somos capaces de defenderlos– ni lloréis por las casas ni la campiña, sino por los hombres; pues estas cosas no nos procuran hombres, sino que son los hombres quienes nos las procuran. Y si confiara en persuadiros, os invitaría a salir de la ciudad para destruirlas vosotros mismos y mostrar a los peloponesios que no les obedeceréis por vuestro interés por ellas.

Muchas otras razones puedo exponer que dan esperanza de que salgamos vencedores si os decidís a no adquirir nuevas posesiones durante la guerra y a no atraeros peligros arrastrados voluntariamente; pues temo más a nuestros errores que a la estrategia del enemigo. Pero éstas las expondré en otro discurso cuando estemos

en guerra; ahora debemos despachar a los embajadores, respondiendo de este modo: que dejaremos que los megarenses utilicen nuestro mercado y puertos, si los lacedemonios no decretan expulsiones de extranjeros que nos alcancen a nosotros o a nuestros aliados – pues ni lo uno ni lo otro está prohibido en el tratado de paz – que devolveremos a las ciudades su libertad, si cuando concertamos el tratado la tenían, y siempre que ellos permitan a las suyas gobernarse libremente, no según sus conveniencias, sino según las de cada una de ellas conforme a su deseo; y que, finalmente, nos sometemos a arbitraje de acuerdo con el tratado y no comenzaremos la guerra, pero nos defenderemos de los que la comiencen. Esta es la respuesta justa y a la vez digna de nuestra ciudad; pues hay que convencerse de que la guerra es necesaria –y cuanto más voluntariamente la aceptemos, menos dispuestos estarán nuestros enemigos al ataque– y de que los mayores peligros resultan para las ciudades y los individuos los mayores honores. Nuestros padres, por ejemplo, hicieron frente a los persas, y aunque no dispusieron de tantos recursos como nosotros, sino que incluso abandonaron lo que tenían, rechazaron a los bárbaros y llevaron nuestra prosperidad al estado presente, más por cálculo que por buena suerte y gracias a una audacia superior a su fuerza; y no debemos quedar detrás de ellos, sino defendernos por todos los medios de nuestros enemigos y procurar entregar esta prosperidad a nuestros descendientes no disminuida. Así habló Pericles. Y los atenienses, juzgando que les aconsejaba lo mejor, aprobaron su proposición y contestaron a los lacedemonios según su manera de pensar...”

TUCÍDIDES, *Historia de la guerra del Peloponeso*. Introducción y traducción por Francisco RODRÍGUEZ ADRADOS. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. Madrid, 2002, pp. 56-59 y 67-71.

(BCQ)